



PERIODISMO HUMANO

Encarar el dolor

# Una mirada de fe al proceso de paz colombiano

Francisco de Roux, s.j.\*

Presentamos tres artículos de Francisco de Roux, s.j., hombre de Iglesia, conocedor del conflicto y del proceso de paz colombiano al que le ha dedicado gran parte de su vida

## Por un liderazgo moral

Pienso con Fernán González<sup>1</sup> que el nuestro no es un Estado fallido ni un Estado rehén. Sin embargo, internacionalmente Colombia es considerada una sociedad en crisis humanitaria, pues, aunque ha crecido en la conciencia de derechos humanos, en capacidad de diálogo, como lo muestran La Habana y la solución dialogada de los recientes paros, y tiene fortaleza institucional para convocar en Medellín al capítulo latinoamericano del Consejo Económico Mundial, al mismo tiempo encara el dolor de ocho millones de víctimas, aguanta los secuestros absurdos del ELN, no encuentra aún signos convincentes para confiar en las FARC y sigue viendo morir a líderes que defienden a las comunidades y la tierra mientras sufre la división política radical en torno a los caminos para superar la crisis.

De tal manera que, no obstante todos los esfuerzos, Colombia es la única nación americana –la única de la Copa América– en crisis humanitaria. Colombia ha mostrado que para que ocurra una crisis humanitaria no se necesitan el ‘apartheid’, ni el Estado Islámico que golpea a la distancia, ni el odio entre religiones, ni el desorden que dejaron los imperios, ni las migraciones desesperadas. Porque aquí se da la crisis de ruptura del ser humano en medio de la misma tradición religiosa, el mestizaje y la fascinación colectiva por las diversas expresiones culturales...

Las crisis humanitarias son los ‘Bronx’ del mundo, donde la sociedad, no obstante sus esfuerzos y logros organizacionales, no acaba de emerger sola de la vorágine de destrucción de una parte significativa de su gente.

En los distintos casos de superación de crisis humanitarias en el mundo ha habido un componente de liderazgo espiritual que logra la unión por encima de la irracionalidad y las rupturas, y que en Colombia es posible desde sus raíces cristianas y católicas. Un liderazgo orientador que recoja las oportunidades favorables que hoy se dan en la sociedad y las instituciones para una orientación decidida hacia la reconciliación.

Un liderazgo espiritual que no busque el poder político, ni el prestigio de grupo, ni la autoprotección de sus miembros. Un liderazgo generoso al lado de las víctimas, que reciba el dolor, la rabia y las inseguridades de todos los lados y que se juegue a fondo para dar seguridad moral, aunque no tenga todas las respuestas. Un liderazgo desinteresado que, con razones y con audacia, libere del miedo y conduzca decididamente hacia la paz, aunque muchos sigan lanzando incertidumbres. En fin, un liderazgo que nos muestre el verdadero rostro de Dios e inspire en creyentes y no creyentes la pasión colectiva que nos rescate a todos y todas como seres humanos.

## Los nasas de la reconciliación

Pueblo Nuevo es el único lugar indígena donde las autoridades permitieron que en su territorio autónomo haya una de las 23 veredas sedes del paso determinante hacia el final del conflicto armado en el país.

Los cuatro resguardos de Pueblo Nuevo, Caldono, Tumburao y Pioyá se levantaron por encima de los debates de las comunidades indígenas, del temor, el dolor y las discrepancias, para

abrir espacio a las FARC desmovilizadas en el corazón del Cauca. Por eso, si se da la refrendación popular del proceso de paz, parte de la guerrilla permanecerá en terrenos de Pueblo Nuevo durante los 180 días que van hasta la entrega de las armas a Naciones Unidas, para ir después a tribunales de la justicia transicional y reintegrarse en la vida civil.

Llegamos hasta Pueblo Nuevo el domingo pasado, con un grupo de amigos del Instituto de Estudios Interculturales de la Universidad Javeriana, después de recorrer la carretera destapada que se adentra en un paisaje salpicado de guaduales, pencas de cabuya, café, maíz, plátano y casas de bahareque, para desembocar en la plaza del caserío a 2.000 metros de altura, en medio de montañas soberanas. Un escenario propicio para florecer un día en economía humana armónica con el medioambiente, seguridad alimentaria, bienes y servicios ecosistémicos y turismo ecológico de cultura indígena, cuando termine la agresión contra la gente y contra la Tierra.

El pueblo es un ícono en la odisea hacia la reconciliación, porque desde hace décadas ha buscado dejar atrás el infierno de la guerra. En la simplicidad del cementerio rural está la tumba de Álvaro Ulcué Chocué, al lado de hermanos indígenas que compartieron la vida con la esperanza de que la tranquilidad llegaría un día a sus hogares. En la lápida del líder espiritual e incansable luchador por los derechos humanos de los nasas se lee: ‘Sacerdote católico. Julio 6 de 1943. † Noviembre 10 de 1984. Bienaventurados los que buscan la paz, porque de ellos serán llamados hijos de Dios’.

Desde entonces y hasta hoy fueron más de 10.000 las mujeres y hombres que, como Álvaro Ulcué, trabajaron sin armas por la paz y fueron asesinados por victimarios de todos los lados que los consideraban inaceptables por sus acciones valientes por la justicia y el respeto a la dignidad. Todos desde sus tumbas siguen llamando a que se detengan las muertes violentas de civiles, y a que terminen para siempre los combates absurdos donde caen jóvenes colombianos policías, soldados, paramilitares y guerrilleros.

Los gobernadores de los cuatro resguardos nos presentaron las razones para recibir en su sufrido territorio el complejo camino hacia la paz. Una decisión controversial en el interior de la ONIC y del CRIC, que exigían primero la larga e incierta consulta popular en un asunto que no esperaba tiempo. Nos dijeron que, conscientes de los riesgos posibles, tomaban la iniciativa para estar presentes de manera real en la causa grande de Colombia que todos los pueblos indígenas unidos estaban apoyando, porque sentían la responsabilidad de ser parte del proceso, para proteger desde dentro la autonomía y la tierra, y para que no haya nunca más ‘enemigos’ en las montañas.

El padre Ezzio, que tiene alma nasa, celebró esa mañana, en lengua nasayüwe, la eucaristía de acción de gracias por la esperanza. Y en el mismo templo siguió la asamblea, con presencia de las hermanas Lauras y de la MAPP-OEA, y la participación de la comunidad que asumió unida el desafío de ser huéspedes de la reconciliación.

Terminamos ante la tumba de Álvaro, sobrecogidos por el silencio, mientras resonaba en todos el canto con que había terminado la misa de Ezzio: “Todos unidos por la vida, vamos buscando un horizonte. Arriésgate, arriésgate, hay algo más”.

## ¿Lobos o humanos?

El lobo de Gubbio, de ‘Las florecillas’ de San Francisco, es una lección de paz. Era un lobo que mató mujeres y hombres y sembró el terror en la ciudad. Francisco salió a buscarlo, lo saludó con la cruz y sin dejarse intimidar le habló con comprensión y firmeza: “Hermano Lobo, mereces como castigo la muerte por asesino, pero he venido por la paz, para que dejes de hacer mal a los habitantes de Gubbio, y para que ellos dejen de perseguirte”. El lobo movió la cola en aceptación, y Francisco le dijo: “Como aceptas la paz, te prometo que la ciudad va a asegurarte comida, porque sé que el hambre es lo que te ha llevado a atacarlos. Tú a cambio prométeme respetar en adelante a la gente y a sus animales”. Y el lobo movió la cabeza afirmando que aceptaba.

Michel Sauquet trae el relato en su libro ‘Le Passe Murailles’, en el que muestra la pasión de Francisco por el ser humano que supera todos los obstáculos, y nota que posiblemente el lobo de Gubbio fue hombre que sembraba terror.

Francisco vio que el individuo atacaba por hambre. Que la injusticia provocaba su comportamiento. Convenció previamente a la comunidad de Gubbio de que se comprometiera a alimentarlo. Ofreció la comida al bandido y se puso de garante para que no lo asesinaran por venganza.

Pero la gente de Gubbio, víctima de los crímenes, no confiaba. Pensaron que ‘el lobo’ mataría al ingenuo de Francisco. No creían que la bestia pudiera cambiar. Y Francisco cambió al agresor. Lo hizo hermano. Y cambió a las gentes de Gubbio, que, como cuentan las ‘Florecillas’, recibieron al ‘lobo’, lo alimentaron en las familias, llegaron a quererlo como amigo y lo lloraron el día de su muerte.

El ejemplo es elocuente para todos nosotros, ahogados en el temor y la desconfianza, metidos

en la encrucijada de profundizar la violencia o salir al encuentro humano, atrapados en la guerra del alma.

Porque, como escribió William Ospina en un texto del que se apoderaron las redes, y pido excusas por recortarlo por falta de espacio:

Si hubo una guerra, todos delinquieron, todos cometieron crímenes, todos profanaron la condición humana, todos se envilecieron. Y la sombra de esa profanación y de esa vileza cae sobre la sociedad entera, por acción, por omisión, por haber visto, por haber callado, por haber cerrado los oídos, por haber cerrado los ojos.

“Lo que hace que una guerra sea una guerra es que ha pasado del nivel del crimen al de una inmensa tragedia colectiva, y en ella puede haber héroes en todos los bandos, canallas en todos los bandos, en todos los bandos cosas que no merecen perdón. Y ahí sí estoy con Cristo: hasta las cosas más imperdonables tienen que ser perdonadas, a cambio de que la guerra de verdad se termine, y no solo en los campos, los barrios y las cárceles, sino en las noticias, en los hogares y en los corazones...”

“Hay una teoría de las víctimas, pero en una guerra de 50 años ¿habrá quién no haya sido víctima? Basta profundizar un poco en sus vidas, y lo más probable es que hasta los victimarios lo hayan sido, como en esas historias de la violencia de los años 50, donde bastaba retroceder hasta la infancia de los monstruos para encontrar unos niños espantados”.

“Por eso es preciso hablar del principal victimario... un orden inicuo, de injusticia, de menosprecio, de arrogancia, que aquí no solo acaba con la gente: ha matado los bosques, los ríos, la fauna silvestre... Un orden absurdo, excluyente, mezquino que hemos tolerado entre todos”.

“Al final de las guerras, cuando estas se resuelven por el diálogo, hay un momento en que se alza el coro de los vengadores que rechaza el perdón, que reclama justicia. Pero los dioses de la justicia tenían que estar al comienzo para impedir la guerra. Cuando aparecen al final, solo llegan para impedir la paz”.

\*Fundador del Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio.

### NOTAS

- 1 Fernán González G., ‘Poder y violencia en Colombia’, Odecofi-Cinep, 2014